

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

Apuntes para un estudio transnacional de la cultura comunista.

Prado Acosta y Laura.

Cita:

Prado Acosta y Laura (2013). *Apuntes para un estudio transnacional de la cultura comunista. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/170>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia 2 al 5 de octubre de 2013

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Mesa Temática número 20 (veinte)

Título de la Mesa Temática: Comunismos e internacionalismos. Enfoques, problemas y perspectivas sobre los estudios de la cultura política comunista en el siglo XX

Coordinadores/as: Luciano García, Mercedes Saborido y Adriana Petra

Apuntes para un estudio transnacional de la cultura comunista

Laura Prado Acosta

Conicet-UNAJ-UNQ

1. Introducción

A la hora de elegir el marco espacial de una investigación, las ciencias sociales y humanas han naturalizado que, las fronteras nacionales son las más apropiadas para nuestros objetos de estudio. Esta aceptación generalizada se vincula al origen de las disciplinas académicas que, como ha señalado el Informe de la Comisión Gulbenkian, estuvo íntimamente ligado a las necesidades de los Estados nacionales. Como consecuencia, estas disciplinas han adoptado una configuración compartimentada, que dejó bajo un “relativo descuido” el tratamiento del espacio y el lugar.¹

¹ Immanuel Wallerstein (coord.), *Abrir las ciencias sociales, Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*, México: Siglo XXI, 2006, p. 29.

En los últimos años, la historia intelectual ha reflexionado sobre la necesidad de replantear el enfoque espacial. En este sentido, ha buscado integrar la dimensión transnacional como una variable explicativa de los fenómenos culturales e intelectuales. En la Argentina, Carlos Altamirano y Jorge Myers, en sus *Historia de los Intelectuales en América Latina*, reponen una mirada integral de los recorridos intelectuales del subcontinente.² Según señalan, si bien en sus orígenes la vida intelectual corrió predominantemente por cauces nacionales, durante el siglo XX “en determinados momentos América Latina casi funcionó como una sola arena entre cultural y política”³. El planteo de estos autores indica que el espacio latinoamericano se concibió y se forjó en relación con el espacio transnacional. Así, por ejemplo, la idea antiimperialista funcionó como un factor aglutinante que alimentó la idea de unidad latinoamericana: Europa y Estados Unidos fueron rechazados por opresores y, a la vez, utilizados como modelos culturales. Por ende, al pensar una historia de los intelectuales latinoamericanos, se buscó reconstruir diferentes aspectos de las “articulaciones de espacios” ciudadanos, locales, nacionales, latinoamericano e internacional, para establecer entre ellos cadenas de interacciones, circulaciones y redes vinculares.

Esta perspectiva analítica se enriquece cuando dialoga con los estudios sobre culturas interiores, que aportan una mirada transnacional intranacional. Recientemente, Ana Teresa Martínez en su disertación sobre las características de los intelectuales de provincia y de pueblo, reflexionó sobre la necesidad de pensar un tipo de espacio “social e históricamente construido”, en el que la articulación centro-periferia se comprenda a la luz de sus múltiples formas y sentidos. De esta manera, se evitarían deslizamientos semánticos en los que, muchas veces, se pierde de vista el núcleo de los problemas que convocaban a los intelectuales que investigamos. En su concepción, es preciso buscar los indicios y huellas del *sentido* de los textos y los contextos, para construir un *locus* o encuadre

² Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, tomo II, “Los avatares de la ‘ciudad letrada’ en el siglo XX”, Buenos Aires: Katz, 2010; Jorge Myers (ed), *Historia de los intelectuales en América Latina*, tomo I, “La ‘ciudad letrada’, de la conquista al modernismo”, Buenos Aires: Katz, 2008.

³ Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, tomo II, p. 12.

espacial, pertinente a nuestros objetos de estudio.⁴ Combinadas, ambas perspectivas demuestran que la circulación de ideas, libros y personas, y la articulación entre lo local y lo extranjero, son factores constitutivos e insoslayables para la comprensión de los fenómenos culturales.

Si bien el ámbito nacional fue uno de los espacios de pertenencia posibles, no fue el único (aunque suele presentarse como el verdadero y esencial), por lo que a la hora de abordar ciertos problemas historiográficos su adopción automática resulta inadecuada. Un ejemplo de ello es la historia de las políticas culturales del comunismo. Del análisis de las fuentes primarias surge la necesidad de replantear el *locus*, de definir una espacialidad acorde a las especificidades de la cultura comunista. En este trabajo buscaremos abordar el complejo sustrato espacial de la cultura comunista, remitiéndonos a la perspectiva de estudios transnacionales, y al uso (libre) de herramientas metodológicas de la historia intelectual y de la sociología de los intelectuales y la cultura.

En estas disciplinas se ha producido un “giro material” que ha renovado los modos de estudiar los desarrollos intelectuales. A la historia intelectual tradicional, que combinaba la historia de las ideas y debates con un acercamiento biográfico de los autores, comenzó a sumársele el análisis de otra serie de factores vinculados al mundo de las traducciones, las ediciones, las revistas culturales, el libro como objeto y los agentes encargados de difundir esos libros, que permiten problematizar la influencia y la permeabilidad de un autor o una corriente de pensamiento en la cultura de un país. Así, se han incorporado los mecanismos a través de los cuales circulan las ideas y cómo se resignifican al circular. Un autor y un sistema de ideas no están aislados del entramado de agentes receptores y difusores que, muchas veces, encuentran en ellos una fuente de legitimación para posicionarse en los campos intelectuales. Por lo tanto, poco hay de azar e ingenuidad en estos procesos y bastante de estrategias, operaciones activas y cuestiones de poder.⁵ Sin pretender una

⁴ Conferencia de Ana Teresa Martínez en el marco de las Jornadas, *Los otros intelectuales: curas, maestros, intelectuales de pueblo y autodidactas*, Buenos Aires, 14/9/2012.

⁵ Véase Pierre Bourdieu, “Las condiciones sociales de la circulación de ideas” en *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires: Eudeba, 2000; Carlos Altamirano, “Elites culturales en el siglo XX latinoamericano”, en *Historia de los intelectuales en América Latina*, ob. cit.; Gisele Sapio, “El espacio intelectual en Europa entre los siglos XIX y XXI”, en *Políticas de la memoria*, n° 10/11/2012, Buenos Aires: Cedinci, 2011.

exégesis del sustrato material del mundo cultural comunista, consideramos que, partiendo de esa base material, podremos acercarnos a los desarrollos y concepciones culturales para abordar el vínculo entre política partidaria y cultura.

Esta perspectiva analítico-metodológica puede funcionar como una clave renovadora de la historiografía sobre cultura comunista, que en general se ha restringido al análisis del lazo de los Partidos Comunistas nacionales con la URSS, en un intento de rastrear “el oro de Moscú”, las tramas de agentes, las influencias secretas, o de reconstruir una historia institucional de la organización Tercera Internacional. Sin embargo, aun con la apertura archivística de la última década, que allanó parcialmente las dificultades vinculadas a las fuentes clasificadas, los problemas de este tipo de perspectivas todavía persisten.

Entonces, ¿cómo abordar un estudio transnacional de la cultura comunista? Antes de esbozar una respuesta, es preciso analizar una cuestión relativa a su *locus*: el internacionalismo. En primer lugar, internacionalismo en tanto idea a través de la cual los sujetos se identificaron con un movimiento político-cultural que los trascendía, esa *differentia specifica*⁶ resultó un elemento dativo de fortaleza y sentido para los comunistas. Buena parte del “carisma” o del atractivo del comunismo provino de su condición internacionalista. El militante se relocalizaba, formaba parte de un entramado que lo excedía y lo involucraba en asuntos de latitudes lejanas. A su vez, generaba fuertes cuestionamientos e impugnaciones a su accionar local. En segundo lugar, el internacionalismo se vinculó al funcionamiento efectivo de una organización política que se disponía a intervenir activamente en todos los espacios posibles. Sus implantaciones fueron diversas y articuladas: la fábrica, el barrio, los comités provinciales, nacionales, regionales e internacionales. El carácter inextricable de estos espacios, que abarcaron desde la Tercera Internacional Comunista a la “célula” (mínima expresión organizacional que reunía a tres militantes) requiere tomar una serie de elecciones analítico-metodológicas.

⁶ Así definía Manuel Caballero la cualidad internacionalistas de los Partidos Comunistas, en *La internacional comunista y la revolución latinoamericana 1919-1943*, Caracas: Editorial Nueva Sociedad, 1987.

Ante esta particularidad, el “giro material” de la historia intelectual resulta una vía adecuada para afrontar su estudio. Se trata de identificar el flujo de ideas, los recorridos de autores, las traducciones, la formación de agrupaciones culturales-politizadas, las revistas culturales, los viajes, el entramado de diálogos. Todas estas interacciones, en conjunto, dieron forma a una cultura comunista sudamericana. Consideramos que en estos *espacios* y *episodios* relativos a la circulación puede comenzar a tejerse una historia transnacional de la cultura comunista.

En este trabajo, se propondrán tres ejemplos para avanzar en esa dirección. En primer lugar, las revistas culturales, en tanto proyectos pensados a sí mismos como canales convergentes, en los que se realizaron operaciones de intercambio regional; como paradigma, se elegirá la revista *Expresión*, ya que representó el espíritu de convocatoria y diálogo entre comunistas de Latinoamérica. En segundo lugar, las instituciones nucleadoras de intelectuales, escritores, artistas, que afloraron especialmente en el período antifascista; en general, hechas a imagen y semejanza de las europeas, “importando” modelos organizacionales pero, a la vez, despuntando características propias, cuyo caso más estudiado por la historiografía ha sido el de la AIAPE. En tercer lugar, los viajes y exilios de figuras intelectuales y artísticas, y el clima que se generó en torno a ellos.

2. Revistas culturales, espacios de intercambio intelectual

La cultura comunista, como la cultura de izquierdas en general, se ha caracterizado por lo prolífico de sus emprendimientos vinculados al mundo impreso. La Tercera Internacional tuvo su periódico *La Correspondencia internacional* y su revista *La Internacional Comunista*⁷ A su vez, cada una de las secciones latinoamericanas de la Internacional tuvo sus propios periódicos y revistas. La ventaja de analizar las publicaciones periódicas, por su condición de ser productos intelectuales dinámicos, colectivos, relacionados a la coyuntura, radica en que allí se ven reflejados los vínculos entre intelectuales locales y extranjeros.

⁷ Ver Ricardo Melgar Bao, “La hemerografía cominternista y América Latina, 1919-1935. Señas, giros y presencias”, en *Revista Izquierdas*, www.izquierdas.cl, abril de 2009.

En este punto, para abordar el mundo de las revistas culturales, la figura de Héctor Agosti puede servir de “punta de ovillo”, puesto que fue un agente cultural muy dinámico y un conector dentro de Latinoamérica y también entre Latinoamérica y Europa.⁸ Entre sus publicaciones, pueden mencionarse artículos en periódicos y revistas latinoamericanas como *Última Hora*, de La Paz; *Romance*, de México; *Diario Popular*, *Justicia* y el periódico de la *AIAPE*, de Montevideo; *El Siglo*, de Santiago de Chile, y *El Nacional*, de Caracas.⁹ Además, dirigió varias revistas culturales argentinas, entre las que se destacaron *Cuadernos de Cultura*, *Nuestra palabra*, *Expresión* y *Nueva Gaceta*.

Por su propuesta decididamente latinoamericanista, tomaremos aquí el ejemplo de la revista *Expresión* (1946-1947), publicada por la editorial Problemas de Carlos Dujovne, dirigida por Agosti y cuyo consejo de redacción estuvo integrado por Roberto Giusti, Leopoldo Hurtado, Emilio Troise y el uruguayo Enrique Amorim. Desde su primer número presentaron sus intenciones de ser una tribuna de las inquietudes nacionales y un vehículo del mejor pensamiento extranjero, buscando allanar la tensión entre lo local y lo regional, entre lo nacional y lo extranjero, articulando ambas pertenencias:

Decimos nacional, pero sentimos la exaltación continental de nuestra nacionalidad. No encerramos lo nacional en estrechas fronteras de resentimiento y desconfianza, sino que aspiramos, como lo soñaron los fundadores de la República, a plasmar esta alma nacional en la comunidad de América, tan necesitada hoy de hallarse a sí misma. Revista argentina, EXPRESION será por ello mismo una revista americana, puesto que desde el flanco ríoplatense entendemos cada vez más distintamente la necesidad de hablar un lenguaje de comprensión americana.¹⁰

⁸Héctor Agosti (1911-1984), escritor, ensayista y periodista argentino. Militante comunista desde 1927, ligado al grupo de Aníbal Ponce de quien se consideró discípulo. Estudió en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, fue presidente de la FUA, militó en la agrupación universitaria *Insurrexit* y en la década del treinta estuvo preso por varios años. Durante su estadía en la cárcel escribió su primer libro, *El hombre prisionero* (Claridad, 1938). Estuvo a cargo de la Sección Cultura del PC argentino, donde se desempeñó como un activo organizador cultural. Fue afiliado al PC hasta su muerte en 1984.

⁹ “Opera Omnia”, compilado de artículos y ensayos publicados en distintos medios, hecho por el propio Agosti, en Archivo Agosti, Cedinci.

¹⁰ *Expresión*, año 1, n° 1, Buenos Aires, 1946.

En esa articulación se buscaba concebir un espacio que permitiera un “renacer de la cultura argentina en plena libertad creadora”¹¹. La revista se postulaba como un medio de expresión de una generación que pugnaba por decir su verdad. La participación americanista se plasmó en artículos de varios referentes de la región. Entre ellos, el chileno Pablo Neruda, el mexicano David Alfaro Siquieros, los brasileños Jorge Amado y Caio Prado Júnior, y los uruguayos Enrique Amorim y Jesualdo. Entre los argentinos, aparecían los nombres de Cayetano Córdova Iturburu, Roberto Giusti, León Klimovsky, Luis Gudiño Kramer, José Portogalo, Raúl González Tuñón, Raúl Larra, Rodolfo Ghioldi, Gregorio Bermann, Álvaro Yunque, Ricardo M. Ortiz y Juan Carlos Castagnino. En conjunto, dieron forma a un elenco amplio que combinaba intelectuales de Partido con compañeros de ruta.

La revista y su director se esforzaron por mantener la dimensión americanista sin desatender las cuestiones locales. Ejemplo de esto último fue el debate que Agosti entabló, en torno a la figura de Sarmiento, contraponiéndose a Ezequiel Martínez Estrada y Ricardo Rojas. Agosti solía rescatar figuras del panteón histórico nacional (en especial, a Esteban Echeverría y a Juan María Gutiérrez: sus referentes), pero también consideraba que la obra del sanjuanino aportaba una valorable articulación entre lo literario y lo político. En este sentido, elogiaba la ruptura de Sarmiento con lo español retardatario, su coherencia constructora de nacionalidad pero, también, su esquema de *civilización y barbarie*.¹² Este rescate del pensamiento sarmientino disonaba con el elogio de Neruda a la cultura quechua¹³, lo que puede entenderse como una evidencia de que, bajo la aparente homogeneidad, subyacían distancias profundas en las concepciones sobre el valor de la cultura americana.

Asimismo, a través de su sección *Espejo de revistas*, se demostraba el contacto con la *avant-garde* cultural europea, evidenciado en la traducción de, por ejemplo, la *querrela político-estética* entre Roger Garaudy y Louis Aragon.¹⁴ Entre las líneas de ese debate se

¹¹ *Ibíd.*

¹² H. P. Agosti, “Otra vez Sarmiento”, en *Expresión*, n° 6, 1947.

¹³ *Expresión*, año 1, n° 1, Buenos Aires, 1946.

¹⁴ Reseña de *Les Lettres Françaises*, nos. 132 y 136, París, en *Expresión*, n° 3, febrero de 1947.

recibieron los efectos del Informe Zhdanov¹⁵, cuya recepción ponía de manifiesto las concepciones soviéticas sobre la cultura. Esto tensionó el espacio de la revista que se había concebido como arena de “crítica libre.” Finalmente, los posicionamientos en torno a este debate produjeron una serie de reacomodamientos en el ámbito local. Tanto la revista como, luego, la editorial Problemas entraron en tensión con el clima marcado por el Informe soviético y su prescripción sobre el accionar cultural en tiempos de Guerra Fría.

En este contexto, por un lado, aquellos intelectuales más predispuestos a adoptar la línea soviética se congraciaron con las dirigencias partidarias, y, por otro, aquellos que rechazaban el endurecimiento que ésta implicaba terminaron en general por alejarse o por ser expulsados del Partido. En la Argentina, fue expulsado el grupo de artistas plásticos abstractos, que conformaban la Asociación de Arte Concreto Invención (AACI) que cayó bajo la sospecha de debilidad ideológica.¹⁶ La necesidad de probar las lealtades a la línea partidaria se volvió más tajante. En este caso se consideró que el grupo no respetaba la línea estética realista y, por ende, se conformó un tribunal de disciplina interno en el que se decidió la expulsión de Tomás Maldonado, Alfredo Hlito, Edgar Bayley y otros. Este conflicto ocurrió en sincronía con otros episodios transnacionales, como por ejemplo la polémica Vittorini-Togliatti en Italia.¹⁷

¹⁵ El Informe Zhdanov de 1947 tomó su nombre del Secretario del PC de la Unión Soviética y consuegro de José Stalin, Andrei Zhdanov (1896-1948). En el contexto de la fundación del Kominform, su informe encarnó el espíritu de confrontación con Estados Unidos y su Doctrina Truman. Zhdanov le dio gran importancia al “frente cultural” como terreno de lucha contra el imperialismo norteamericano. Generó duros protocolos sobre qué debía ser el arte comunista. El informe postulaba la necesidad de que los artistas se adecuaran a las pautas estéticas del Realismo Socialista. Fue difundido por el mundo a través de los periódicos partidarios comunistas. Esta política cultural provocó un debate que, en muchos casos, desencadenó expulsiones y alejamientos del Partido, en especial entre intelectuales y artistas.

¹⁶ María Amalia García, *El arte abstracto. Intercambios culturales entre Argentina y Brasil, Siglo XXI*, Buenos Aires, 2011; Alejandro Crispiani, *Objetos para transformar el mundo. Trayectoria del arte concreto-inventión, Argentina y Chile, 1940-1970*, Ediciones UNQ, Buenos Aires, 2011.

¹⁷ Ana Longoni y Daniel Lucena, “De cómo el ‘júbilo creador’ se trastocó en ‘desfachatez’. El pasaje de Maldonado y los concretos por el Partido Comunista, 1945-1948”, en *Políticas de la Memoria*, n° 4, 2003-2004.

En 1948, luego de una reunión plenaria en la que se trató el debate estético, Rodolfo Ghioldi propuso adoptar un canon estético único realista para la creación cultural. Cayetano Córdova Iturburu defendió a las vanguardias y la necesidad de libertad de creación. En un intercambio epistolar Ghioldi argumentó: “Nosotros, hombres de vanguardia también en la cultura, ¿podemos admitir que en nombre de la `libertad´ se propague el irracionalismo, el antihumanismo, la reacción?”. Córdova le respondió: “Yo no me quejo —como parecés creerlo vos— del tratamiento injusto que los soviéticos dan a los modernistas. Mi actitud es otra. Lamento ese tratamiento”¹⁸. Como consecuencia, a comienzos de 1949 fueron separados del PCA Córdova Iturburu (fundador junto con Aníbal Ponce de AIAPE, periodista director de *Orientación*, cronista en la Guerra Civil española) y, tiempo después, Carlos Dujovne. Finalmente, como razones del alejamiento de Córdova se adujo que “no hacía nada, no asistía a las reuniones ni cumplía ninguna tarea”¹⁹. En ese contexto, la editorial de Carlos Dujovne se vio obligada a cerrar por inconvenientes económicos, lo que debería pensarse como otro mecanismo de desplazamiento de proyectos culturales.

3. Organizar la cultura

Siguiendo el legado de la tradición cultural de las izquierdas de fines del siglo XIX y principios del XX, los Partidos Comunistas patrocinaron múltiples organizaciones culturales, tales como bibliotecas, teatros y clubes²⁰. Hubo agrupaciones barriales, nacionales y otras de carácter internacionalista, que podían actuar de manera articulada. Las organizaciones “ayudistas”, por ejemplo, realizaban exposiciones artísticas solidarias y juntaban fondos para la URSS.²¹ Las secciones idiomáticas también tenían una obvia impronta transnacional: la Sección italiana y la Sección judía fueron las más populosas en

¹⁸ Cartas de septiembre de 1948, reproducidas en Horacio Tarcus y Ana Longoni, “Purga Vanguardista”, en *Ramona, revista de artes culturales*, Buenos Aires, julio de 2001, pp. 55-57.

¹⁹ Horacio Tarcus y Ana Longoni, ob. cit.

²⁰ Para la Argentina, Hernán Camarero, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2007.

²¹ Por ejemplo, en 1922 José Fioravanti, Agustín Riganelli y Emilia Bertolé organizaron una exposición para los hambrientos del pueblo ruso. Ver Daniela Lucena y Julia Risler, “Los artistas junto al pueblo ruso”, en www.artepoliticamenteincorrecto.wordpress.com (consultado el 12 de diciembre de 2012).

la Argentina. Otras agrupaciones eran filiales de organizaciones internacionales, por ejemplo el *Socorro Rojo*, que se dedicaba a asistir a los presos políticos del comunismo con fondos para las familias y con abogados disponibles para sus defensas.

El clima de época antifascista fue especialmente propicio para la creación de espacios institucionales que nuclearon a artistas e intelectuales: el *Comité de ayuda antifascista*, con varias secciones latinoamericanas; el *Comité antifascista y antiguerrero*; el *Comité latinoamericano contra la guerra imperialista*; el *Comité contra el racismo y el antisemitismo*, etcétera. La más estudiada de esas organizaciones ha sido la Asociación de intelectuales, artistas, periodistas y escritores (AIAPE), creada en 1935, ya que fue el arquetipo de las organizaciones comunistas antifascistas, ligadas al viraje de Frentes Populares adoptado en el VII Congreso de la Internacional Comunista. AIAPE contó con publicaciones propias, que dejaron registro de su funcionamiento: *Unidad y Nueva Gaceta*. Organizada en comisiones y subcomisiones, con numerosas actividades, entre ellas varias exposiciones artísticas, conferencias y cursos, su primera sede estuvo en Buenos Aires. Su primer director, Aníbal Ponce²², había viajado a Europa en tres oportunidades y había estado en contacto con el grupo de intelectuales franceses comunistas–antifascistas liderados por Henri Barbusse, que habían dado origen al *Comité de Vigilance des intellectuels Antifascistes (CVIA)*. Participó, representando a los intelectuales “*d’Amérique du sud*”, en un *meeting* en el que se avaló la idea de construir una *Unión Internationale des Intellectuels Antifascistes* que contaría con secciones nacionales.²³ También había viajado a la URSS, donde quedó impacto por la experiencia soviética en materia cultural. Sin

²² Aníbal Ponce (1898-1938), intelectual argentino formado en la tradición positivista y liberal, estudió medicina en la Universidad de Buenos Aires, pero no terminó su carrera. A pesar de esto pudo ocupar un espacio en el ámbito académico con sus escritos sobre psicología. En 1920 se vinculó al entorno de José Ingenieros, con quien publicó la *Revista de Filosofía*. Fue cofundador del Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES), fundador de AIAPE, entre otras actividades relativas al mundo cultural. Si bien no estaba afiliado, sus vinculaciones y escritos marxistas lo ligaban al PC. En 1936, por presiones y problemas laborales generados por su militancia comunista, se autoexilió en México. Murió allí en 1938 en un accidente automovilístico.

²³ Ricardo Pasolini, “Scribere in eos qui possunt proscribere. Consideraciones sobre intelectuales y prensa antifascista en Buenos Aires y París durante el período de entre guerras”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, nº 12, Universidad Nacional de Quilmes, 2008.

embargo, aún siendo un gran admirador de los logros culturales soviéticos, el modelo organizacional antifascista que “importó” a Latinoamérica fue el francés. Esta opción se entiende por la tradicional fascinación argentina y latinoamericana por la cultura francesa. El apadrinamiento del *Comité de Vigilance* facilitó su funcionamiento y le otorgó un lugar prominente en la cultura antifascista local²⁴. Si bien Ricardo Pasolini ha analizado la articulación con las filiales del interior del país, la intensa actividad latinoamericana del modelo AIAPE-*Comité de Vigilance* aún no ha sido explorada²⁵.

La Guerra Civil Española profundizó aún más este camino. Se crearon entonces muchas organizaciones ayudistas, y más de quinientos latinoamericanos partieron a defender la República Española. Con el fin de la Segunda Guerra Mundial, cuando el modelo cultural antifascista empezó a encontrar sus límites, fue relevado por otro modelo institucional ligado a los posicionamientos comunistas en la Guerra Fría: el *Consejo Mundial por la Paz*. Esta vez fue el discípulo de Ponce, Héctor Agosti, quien creó la sección argentina de este Consejo. Otro modelo institucional extendido fue el de la *Casa de la Cultura*, que en la Argentina fue creada en la década del cincuenta por Héctor Agosti, junto a María Rosa Oliver, Jorge Thenon y Emilio Troise. Aquí también es posible identificar la impronta francesa del modelo de la *Maison de la culture* del PC francés.

Un estudio atento a este tipo de organizaciones culturales puede ser una vía de entrada para la reconstrucción de las redes intelectuales comunistas, a fin de identificar los diálogos entre espacios nacionales, regionales e intercontinentales. Para ello, se requiere un análisis comparativo de las secciones nacionales latinoamericanas que permita observar las diferentes adaptaciones a las idiosincrasias locales, así como ponderar el peso de lo

²⁴ Han analizado esta cuestión, entre otros, Ricardo Pasolini, “El nacimiento de una sensibilidad política. Cultura antifascista, comunismo y nación en la Argentina: Entre la AIAPE y el Congreso Argentino de la Cultura, 1935-1955”, en *Desarrollo Económico*, vol. 45, n° 179, 2005; James Cane, “Unity for the defense of culture: The AIAPE and the cultural politics of Argentine antifascism, 1935-1943”, en *The Hispanic American Review*, vol. 77, n° 3, Duke University Press, 1997.

²⁵ Contó con filiales en Uruguay, Paraguay, Brasil y en Chile, donde se llamó *Alianza de Intelectuales* y estuvo presidida por Pablo Neruda.

extranjero y lo local, para percibir las similitudes y diferencias en las concepciones de la cultura comunista.

4. Los viajes

“Recorro con Jorge los retorcidos entrepechos de Salvador, bajo la luz perforante. Subimos al avión saturado del cítrico aroma de Bahía, de la emanación marina, del fervor estudiantil. Dejamos abajo, en la losa del aeropuerto, a los Amado: robusto, Jorge, siempre dulce Celia, a Paloma y Joao: mi familia en Brasil. Al Aire! Al Anchísimo celeste! Desde la altura: la ciudad blanca, la ciudad Venus: *Brasilia!* (...) Niemayer es el punto final de una parábola que comienza en Leonardo: la utilidad del pensamiento constructivo: la creación como deber social: la satisfacción espacial de la inteligencia. (...) De Ipanema, con azul océano, islas y penínsulas, montes jorobados, trepidación circulatoria, Vinicius de Moraes me lleva a Belo Horizonte”.

Pablo Neruda, *Para Nacer he nacido*, Círculo de lectores, Bogotá, 1979, pp. 179-181.

A través de los viajes, que tuvieron un rol central en la cultura comunista, pueden identificarse los centros y las periferias, y también las instancias consagratorias.²⁶ En primer lugar, cabe distinguir aquellos ligados a la difusión de alguna actividad cultural, de obras artísticas y conferencias; por ejemplo, la visita de Cándido Portinari a Buenos Aires y Montevideo en el año 1947²⁷, o la visita a Budapest de Atahualpa Yupanqui (mientras era miembro del PC), relatada en las páginas de *Orientación*. En segundo lugar, pueden analizarse los períodos de exilio: el de Jorge Amado en la Argentina entre 1941 y 1942, o el de Héctor Agosti en Montevideo, entre muchos otros. También resulta pertinente estudiar los viajes de formación, a Congresos de escritores, Congresos por la Paz, u otras actividades intelectuales-partidarias. Por último, un tema de gran interés serán los efectos que ejercía en los intelectuales comunistas la experiencia del viaje a la URSS, una suerte de “viaje a la Meca”, para unos, y de inicio de una crítica demoledora, para otros. Fueron a atestiguar el proceso revolucionario soviético, y escribieron sus percepciones al respecto,

²⁶ Una línea interesante a desarrollar para reconstruir la trama cultural comunista son los sistemas de premios. En 1951 Jorge Amado recibió el premio Stalin de la Paz. En 1952 Ilya Ehremburg recibió el Premio Lenin. Pablo Neruda recibió el premio Nobel y el premio Lenin. Fueron premio Lenin también Nicolás Guillén, Lázaro Cárdenas, María Rosa Oliver, Picasso, Fidel Castro, Rafael Alberti, Oscar Niemeyer. Agosti recibió el premio de la SADE a mejor novela; Caio Prado Junior, el premio Intelectuales del año por la Unión Brasileña de escritores.

²⁷ En esa oportunidad se encontraron en Buenos Aires Cándido Portinari, Nicolás Guillén, Rafael Alberti, Pablo Neruda. Véase Andrea Giunta (comp.), *Cándido Portinari y el sentido social del arte*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005.

Henri Barbusse, Aníbal Ponce, Agosti, Rodolfo Puiggrós, Juan José Real, Carlos Dujovne, Pablo Neruda, Caio Prado Júnior, entre otros.

Entonces, el análisis del viaje como práctica cultural, formador de redes de contacto y movilizador de recursos, puede completar un estudio transnacional de la cultura comunista. Las tres líneas propuestas permitirán identificar la dimensión regional latinoamericana, con sus especificidades locales, sin desatender las improntas europeas. Si bien esas improntas cumplieron un rol al conformarse el espacio latinoamericano, las formas de adoptarlas-adaptarlas fueron diversas, creativas y siempre tensas. A partir de esta serie de *espacios* y *episodios* consideramos que puede observarse el “corredor de ideas” generado no sólo entre Europa y Latinoamérica, sino en países latinoamericanos entre sí.

Con relación a esto último, cabe preguntarse por las características del espacio regional suramericano. ¿Es posible comparar las culturas comunistas brasileña, chilena, uruguaya y argentina? Aun cuando los cuatro países hayan integrado el Buró Suramericano de la Tercera Internacional y, por ende, tanto para la organización internacionalista como para sus integrantes locales conformaban un conjunto inteligible, las dimensiones y las diversidades de sus culturas tienden a desalentar un estudio comparativo *stricto sensu*. No obstante, ese espacio cultural comunista suramericano fue reconocido y apropiado por los actores, por los militantes intelectuales y por los artistas comunistas. Reaparece aquí el problema de la mirada desde afuera como generadora del espacio regional latinoamericano; esta vez, con la URSS como centro desde el que provenía la creación de fronteras. La Internacional, y dentro de ella el Buró Suramericano, conformó un sistema de dimensiones vastas, pero, como se dijo, representó una trama compleja que articuló espacios supranacionales y nacionales con otros locales, propios de las culturas interiores. En esa trama, participaron intelectuales y artistas renombrados y consagrados internacionalmente, y también muchos agentes culturales menores, figuras de una cultura local, del barrio, o de los pueblos.

Los centros y periferias de ese sistema fueron diversos: por ejemplo, en el pueblo de Rivera, Provincia de Buenos Aires, en los años cuarenta había diez células comunistas judías y una ferroviaria; para ellos el centro del que provenían las noticias y los periódicos

era Bahía Blanca.²⁸ Entonces, la plaza de Rivera, Bahía Blanca, Buenos Aires, París, Roma y Moscú funcionaron todos como centros para los comunistas de ese pueblo, sin que esto resultara una contradicción o un problema. Pareciera que, cuando se observa el funcionamiento de las culturas interiores, el carácter de subordinación que suele implicar la relación centro-periferia no se borra, se redimensiona.²⁹

Sin embargo, en su ya clásico análisis sobre *La Internacional Comunista y la revolución en Latinoamérica*, Manuel Caballero sostuvo:

Los leninistas latinoamericanos estaban destinados a jugar el papel de “apoyo” de la revolución mundial, apuntalar las luchas de las clases obreras revolucionarias de Europa y Asia. Si Moscú era el centro de la revolución mundial, Latinoamérica era la periferia extrema, tal vez con la única excepción del África. En la estructura piramidal que mundialmente tenía el Comintern, América Latina estaba situada muy abajo.³⁰

La imagen transmitida por Caballero fue la que perduró en el sentido común y en los estudios historiográficos: la pirámide, con centro en Moscú, y Latinoamérica como periferia extrema. No obstante, un análisis que incorpore como variable la forma en que los sujetos comprendieron su participación en el comunismo nos lleva a cuestionar la figura de la pirámide (al menos en su connotación de subordinación real y concreta de los locales al centro, es decir, Moscú). Sin dudas, se admiraba el proceso soviético y efectivamente Moscú fue un “centro” del comunismo internacional, pero su función de centro se remitió más al plano de las ideas que al control efectivo de las periferias, que en muchos casos resultó impracticable. Por eso, además de la figura de la pirámide, nos servirá la imagen de *esparaveles*³¹ superpuestos por regiones que se remitían a Moscú pero que, por su lejanía

²⁸ Entrevista a Bernardo Melman, ex militante comunista originario de Rivera, 10/3/2012.

²⁹ Andrés Bisso, en su análisis del caso del periódico *Mechita* del pueblo ferroviario homónimo de la Provincia de Buenos Aires (cinco mil habitantes), señaló la manera en que la dinámica del pueblo invirtió la lógica de la marginalidad de los actores. Lo local se retroalimentó de los acontecimientos internacionales y ambos se complementaban: “suturando” una separación que, siguiendo a Bisso, se generó en el plano analítico pero que no se corresponde con las concepciones de los sujetos. Jornadas: *Los otros intelectuales: curas, maestros, intelectuales de pueblo y autodidactas*, Buenos Aires, 13/9/2012.

³⁰ Manuel Caballero, *La internacional comunista y la revolución latinoamericana 1919-1943*, Caracas: Editorial Nueva Sociedad, 1987, pp. 15 y 16.

³¹ “Esparavel: Red redonda para pescar, que se arroja a fuerza de brazo en los ríos y parajes de poco fondo” (www.rae.es).

geográfica y por las características de las comunicaciones en la primera mitad del siglo XX, fueron en gran medida difusas.

En un análisis de este tipo deberían distinguirse al menos tres grandes grupos de PPCC nacionales, que pertenecerían a redes esparables diferentes: en primer lugar, aquel grupo en el que los PPCC controlaron el aparato del Estado (URSS, Europa Oriental, China, etc.); en segundo lugar, aquel en el que fueron estructuras con relativo poder político-cultural, con llegada a las masas, como los PC de Francia e Italia; y, por último, aquel en el que, en general, fueron perseguidos por las autoridades estatales, sin éxitos electorales significativos ni una posición dominante en sus respectivos campos culturales, como los PPCC latinoamericanos. A su vez, cada grupo podría ser analizado con variables que contemplen las problemáticas que le fueron propias.

En el caso latinoamericano, tanto el Buró Suramericano de la Tercera Internacional como los sujetos comunistas latinoamericanos se autopercebieron como parte de un subconjunto que, aún siendo parte del entramado comunista internacional, tenía sus características propias. Los sujetos militantes no encontraron contradicción en pertenecer a la vez a una organización local y a una transnacional. Se sentían parte de una estructura que los trascendía y, al mismo tiempo, eran miembros de una comunidad espacialmente más acotada (una multiimplantación que compartieron con la Iglesia católica y la masonería). Por lo tanto, si bien al analizar la Internacional Comunista puede considerársela una pirámide institucional, en las experiencias efectivas se asoman interacciones y una topología más irregular, que invita a pensar en centros diversos y superpuestos.

Entre estas yuxtaposiciones se destacó el rol del Partido nacional, como estructura organizacional principal. El Comité Central nacional y, en particular, el Comité Ejecutivo nacional tomaban las decisiones políticas e influían en otros asuntos, de los ámbitos sindicales y del ámbito cultural. Cuando, por ejemplo, consideraban que los debates culturales tenían un peso político, muchas veces intervenían las dirigencias partidarias nacionales, clausurando o definiendo. Es por eso que, aun teniendo en cuenta el peso de la articulación con la Internacional Comunista y con la URSS, no debe olvidarse el grado de protagonismo que tuvo el marco nacional en el funcionamiento efectivo de la organización.

En principio, porque el Moscú “centro de la revolución mundial” fue una arena de luchas intestinas, que desalientan a considerarlo como un espacio fijo desde el que emanaban órdenes al resto del mundo que eran cumplidas por sumisos sujetos periféricos. Baste con dos ejemplos de sujetos que contaron con el “aval soviético” y, de todos modos, fueron expulsados de sus partidos por conflictos internos. En Uruguay, en 1955 Eugenio Gómez fue acusado por sus camaradas de participar en acciones moralmente reprobables y fue desplazado; entonces Rodney Arismendi asumió el liderazgo del comunismo uruguayo.³² En la Argentina, Juan José Real, pese a haberse formado en la URSS y ser considerado un hombre con contactos soviéticos, a raíz de un conflicto con otros miembros de la dirigencia partidaria nacional en torno a su propuesta de acercamiento al peronismo, fue expulsado del PCA en 1952.³³

En definitiva, el análisis de las articulaciones entre espacios nacionales, regional latinoamericano, local e internacional, debe tener en cuenta que un punto de miras transnacional no es excluyente sino compatible y complementario de los estudios culturales nacionales, en tanto que en la comparación se evidencian las especificidades nacionales y locales. Por tanto, no se busca eludir el marco nacional sino relativizarlo, para reconstruir la forma en que los sujetos concibieron su implantación local, nacional y latinoamericana, en relación con el proyecto de construcción de un orden comunista internacional.

Al repensar los marcos espaciales del comunismo, se ha intentado dar cuenta de un *locus* más apropiado a los itinerarios y las problemáticas de los comunismos “periféricos”. Esto lleva a reconsiderar, o relativizar, los “usos” de categorías como centro y periferia. Para ello, resulta imprescindible reconstruir las historias locales, oír las voces de los sujetos y atender a las maneras en que éstos concibieron su vínculo con el internacionalismo comunista. En este sentido, es productivo incorporar las reflexiones de los estudios transnacionales y, en especial, las herramientas de la sociología de la cultura y la historia

³² Gerardo Leibner, *Compañeros y Camaradas*, Montevideo: Trilce, 2011.

³³ Juan José Real, *Treinta años de historia argentina*, Buenos Aires: Fondo Nacional de la Artes, 2006; Laura Prado Acosta, “Concepciones culturales en pugna. Repercusiones del inicio de la Guerra Fría, el zhdanovismo y el peronismo en el Partido Comunista argentino”, revista *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2013, <http://nuevomundo.revues.org/64825>.

intelectual. Este trabajo buscó servir de hoja de ruta al sugerir un modo posible de iniciar un estudio, geográficamente extendido, de la cultural comunista latinoamericana.